LAS MANOS MISERICORDIOSAS DE NINA MISERICORDIA DE GALDÓS A TRAVÉS DE LOS OJOS DE MARÍA ZAMBRANO

Isabel Jimeno Benítez

Università degli Studi di Genova

https://doi.org/10.33676/EMUI_nomads.61.04

María Zambrano, una de las voces más profundas y luminosas del Mediterráneo, supo desde muy temprano que el pensamiento sin la música mediadora del corazón, sin la poesía, es tierra yerma. La acusa que la pensadora veleña dirige hacia la filosofía tradicional es aquella de haber desterrado del saber oficial la metáfora del corazón, la visión entrañada de las cosas, la mirada piadosa, misericordiosa sobre la realidad concreta y el hombre concreto, *el hombre de carne y hueso*. La suya puede ser definida una apología de la palabra como *luz de la sangre*, que ilumina los lugares más recónditos y oscuros de la vida humana y rescata lo otro de nosotros, lo olvidado, lo exiliado y también al otro que no es nosotros.

En *Hacia un saber sobre el alma*, en la nota a la primera edición de esta obra¹, María (nota hsa 4), rememora un momento que fue decisivo para su vida y su pensamiento. Decisivo porque en aquel instante se resolvieron las dudas de abandonar la filosofía que durante años acompañaron a la pensadora. Cuenta, que mientras estaba en el aula de filosofía, en la Universidad Central de Madrid, y escuchaba a Zubiri hablar de las categorías de Aristóteles, vio una luz traspasar una cortina negra, generando así una *luz de tiniebla* -en palabras de Pseudo Diosio- o lo que ella poéticamente denominó -no podía ser de otra manera- *una penumbra tocada de alegría*:

«Dos polos me aprisionaban y me hacían sentir que nunca podría entender nada [...]: la claridad orteguiana, y la impenetrabilidad del pensamiento de Zubiri. [...] a nadie comuniqué mi decisión de dejar de estudiar filosofía, pero luego, un día inolvidable, del mes de mayo había de ser, por unas rendijas del edificio de San Bernardo que daban a un patio y que era una cortina negra, entró un rayo de claridad: el profesor Zubiri explicó nada menos que las categorías de Aristóteles y yo me encontré, no dentro de una revelación fulgurante, sino dentro de lo que siempre ha sido mejor para mi pensamiento: la penumbra tocada de alegría. Y entonces, calladamente -en una penumbra, yo diría más de mi mente, de mi

¹ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Obras Completas II, Galaxia Gutenberg, S.L, 2016, p. 427.

ánimo, de mi corazón- se fue abriendo como una flor, el discernido sentir que quizá yo no tenía por qué dejar de estudiar filosofía». Lo que aquí ocurrió no fue una revelación fulgurante, sino una *aletheia* sin forzar nada, sin intervención del pensar lógico-discursivo, ni siquiera una dádiva sino más bien el simple saber que se abre en la ranura del tiempo, como un claro del bosque, una visión que brota del corazón y penetra de repente en lo profundo e incógnito de la vida. Lo que se da aquí en María, si es que ella no lo poseía ya sin saberlo, es precisamente una conversión de la mirada, y como sensible e inteligentemente notará la estudiosa Rosella Prezzo², se trata de un “mirar enamorado” que renueva la fe en el mundo, que nos mueve desde adentro y nos da el impulso para actuar en nombre de una razón de amor.

“El discernido sentir” he aquí, en tres palabras, el núcleo de la razón poética zambraniana. Unión de pensamiento y vida, razón y corazón.

Lo que María echaba en falta en la filosofía era la piedad, el amor, la misericordia. La suya es una filosofía que se irá trazando *bajo il signo de la piedad*. Como bien observa nuevamente la estudiosa italiana³, son precisamente las vivencias de Zambrano en aquellos años de aprendizaje las que la ponen de frente a un aut aut definitivo (o la filosofía o la vida) lo cual significa un sacrificio que la pensadora no podía aceptar. Recordemos una de sus muchísimas sibilinas sentencias, que aparece en uno de sus textos centrales, *Filosofía y poesía* donde dice: “la filosofía es un éxtasis fracasado a causa de un desgarramiento”. Fuimos desgarrados, separados de la vida al pensar que lo que vemos, tocamos, sentimos, son meras y engañosas apariencias. Y este error, fue en nombre de la idea. Como ella misma referirá también en otro texto, cuántas atrocidades se han cometido en nombre de la idea !

¿Dónde encuentra, entonces, la veleña, esa *piedad* que ha sido relegada a la subjetividad como un sentimiento no válido para el conocimiento? En el folklore, en la literatura, en la poesía, en la pintura y, por supuesto, en la mística española. No puedo prescindir aquí de un dato que, a mi parecer, se queda en anécdota en los estudios que hasta ahora se han hecho sobre Zambrano. Este dato es un recuerdo infantil, que tiene su germen en el folklore andaluz, el flamenco. Que es una manifestación genuina y, por ello, verdadera del pueblo. En el año 1983, año, por cierto de mi nacimiento, María Zambrano es nombrada Doctora Honoris Causa por la Universidad de Málaga, un año antes, el Ayuntamiento de Vélez-Málaga publica la obra colectiva *María Zambrano o la metafísica recuperada*, este florecer de esta atracción por la persona y la obra de la pensadora, despierta el interés de un flamencólogo y profesor de filosofía malagueño, Agustín García Chicón, quien escribirá a Zambrano comunicándole la realización de un trabajo con sus alumnos dedicados a su obra. María responderá a esta misiva desde Ginebra, y ahí, a modo de confesión le dirá: Hacia el año 1933 o 1934 oí yo en Madrid por radio unos discos, defectuosos sin duda alguna y gastados, del cantaor Juan Breva. Reacia como siempre he sido al sueño, sentía algo así como los albores del dormir. «Que extraño es esto», le dije a mi madre, quien rápidamente me contestó: «No es extraño, las

² Rosella Prezzo, *Pensare in un'altra luce*, Raffaello Cortina Editore, 2006, p. 19

³ Rosella Prezzo, *Pensare in un'altra luce*, Raffaello Cortina Editore, 2006, p. 17

malagueñas de Juan Breva fueron tu nana. La taberna en la que él cantaba todas las noches estaba cerca de nuestra casa y tu padre andaba muy afligido porque los rumores y el canto perturbarían, si es que no impedían, tu sueño» [...] Ya ve usted que le ofrezco algo de las entrañas de la memoria, es decir, lo indeleble»⁴. Podríamos afirmar, que lo que nos puede parecer un simple recuerdo, constituye, empero, la génesis de la *Razón poética*. Fue en la infancia, la verdadera patria, en palabras de Rilke, que nació razón zambraniana, una razón musical, fiel a la vida, a cada una de las notas del corazón, que “es profeta”. Pues bien, ustedes se preguntarán hacia dónde estoy yendo con estas palabras de y acerca de María Zambrano. Respondo con una palabra muy querida a María: *entrañas*. Qué de atrás le venía a María esta predilección, basta hacer memoria de los sublimes versos en el *Cántico espiritual* de Juan de Yepes:

!Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados,
formases de repente
los ojos que tengo en mis entrañas dibujados!

Es en las entrañas donde se da el tiempo de los ínfimos del alma, el tiempo de las pasiones, del *pathos*, del *sentir*, el latir mismo de la vida, el trágico existir en su vida-muerte, muerte-vida, intrahistórico, es aquí, con y desde las entrañas donde encontramos ese estar en la vida, con la vida, en la concreteza de lo que acontece en las vidas de las personas. Es lo que encontramos en el realismo de Benito Pérez Galdós, el realismo español.

Armando Savignano, en su libro *María Zambrano “La ragione poetica”*⁵, define agudamente el pensamiento español, el cual considera estar conformado de una estructura profunda y enigmática, aludiendo al realismo y al materialismo que constituyen un punto de equilibrio entre la violencia de la filosofía clásica y la maravilla de la poesía. El pensamiento español, pobre en sistemas filosóficos, es de una riqueza extraordinaria en conocimiento poético, pensamiento poetante que no escinde la realidad que es un don de “gracia” y es capaz de captar desde lo concreto de las personas el universal humano. Citando a Zambrano, cuanto más profundamente se desciende al fondo complejísimo, oscuro y contradictorio de la vida, tanto más es universal el conocimiento⁶.

Podemos considerar entonces, siguiendo con la reflexión del filósofo italiano, que la raíz esencial de la cultura española está caracterizada por un realismo *sui generis*

⁴ Fragmento de la carta de María Zambrano a Agustín García Chicón datada el 20 de Diciembre de 1983. Fundación María Zambrano. Citado en Ballesteros Aguayo, L. (2012). La música flamenca como propedéutica para una epistemología en María Zambrano. En Congreso Las fronteras entre los géneros. Flamenco y otras músicas de tradición oral (139-158), Sevilla: Universidad de Sevilla

⁵ Armando Savignano, *Maria Zambrano “La ragione Poetica”*, Marietti, 2004.

⁶ Cfr. María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, cit. en Armando Savignano, *La ragione poetica*, op. cit. p.83

considerado a la luz del materialismo que es desarrollado en la razón poética de la sabia veleña, en contraposición con la visión griega y europea. Realismo y materialismo que, según Zambrano, implica una actitud muy particular ante la vida y ante el mundo, actitud que se expresa sobre todo en el arte, en la literatura, en la poesía, en la música y en la mística. Y cito a María: "De nuestra pobreza filosófica, saldrá nuestra riqueza". Esta actitud hacia las cosas y hacia los seres puede ser sintetizada, -y vuelvo a Juan de Yepes- con:

"Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura."

¿Quién es Nina, este personaje de *Misericordia*, ¿personaje?, a quien Zambrano dedica tan memorables páginas? Antes de responder a esta pregunta, voy a exponer algunas ideas claves de la pensadora sobre la obra *Misericordia* de Galdós. En 1938, se publica en la revista *Hora de España* un texto de Zambrano con el homónimo título *Misericordia*, veinte años más tarde saldrá a la luz otro texto dedicado a la mencionada obra bajo el título *La obra de Galdós: Misericordia*, ambos textos serán recogidos en la obra publicada en 1960, *La España de Galdós*. Aunque son dos textos independientes el uno del otro y pueden aparentar divergencias entre ellos, lo cierto es que, como casi en toda la obra de María Zambrano, lo que hace es un ir y venir a la misma cuestión fundamental de su filosofía, que es su preocupación por el sentido de la existencia del hombre y su porvenir, con el trasfondo de la esperanza, siempre anhelada e irrenunciable. "Convivir es compartir el pan y la esperanza" -dijo en *Persona y democracia*.

Ahora podemos responder, quizás, a la pregunta de quién es la Nina de *Misericordia*, en ella María Zambrano encuentra la personificación de su anhelo de salvar la vida humana de la historia que le ha tocado vivir. Nina es la esperanza, Nina es la misericordia. Nina es la que nace una y otra vez. Nina es la aurora. La Nina de la verdad, del sacrificio, de la inocencia, la que sufre su infierno y acaba trascendiendo la historia que íntegramente acepta.

La literatura, sobre todo la literatura española, está presente en el pensamiento zambraniano de manera ineludible, de ella bebe la autora malagueña para conformar toda su reflexión acerca de la vida humana, de temas como por ejemplo son la soledad y libertad que vienen aclarados a través de la novela y la poesía. Lo que nos presenta Galdós es el mundo de lo que queda, y mientras escribo esta reflexión sobre las palabras de María, me vienen a la mente las palabras de Holderlin, "pero lo que queda lo fundan los poetas". Galdós, con una mirada minuciosa y a través de escenas cotidianas de lo doméstico, lo que hace es consagrar la vida con una inclinación y devoción sobre la vida corriente, llana, la que se desarrolla en los suburbios de Madrid. No describiendo hechos, sino lo que

hay bajo ellos, lo que va quedando como un poso tras el pasar del tiempo. Descender a esas vidas anónimas con el anhelo realista de conocimiento, de iluminar el misterio “que late en el secreto seno de las vidas” como dirá Zambrano en *Por qué se escribe*, es lo que nos ofrece el escritor. A través de Galdós, podemos leer la historia de España, una historia conformada de sucesos cotidianos y anónimos. En ese tiempo de la vida, en la vida de los desheredados, la vida pobre, sin nombre, podemos ver la huella de lo histórico en la vida española. Para entrar en el mundo que Galdós nos describe -según Zambrano- es menester poseer un saber que nos dé la clave de lectura y nos permita entrar en esa espiral de complejidades de esos personajes que el autor canario nos presenta, encontrando más allá de la máscara, de la novelería, su verdadero ser, su esencia. Cuando Zambrano reflexiona sobre el realismo español encuentra en la novela de Galdós el paradigma de ese tipo de conocimiento que se ha alimentado de toda la cultura y saberes populares, de la cultura analfabeta del pueblo y de las más altas expresiones literarias de nuestra literatura. Lo que María Zambrano vislumbra en la obra galdosiana, y en concreto en *Misericordia*, es esa luz tenue que impregna toda su producción filosófica, es la luz de la Razón poética, la luz de la vida, su claroscuro. Una luz cercana a lo humano, que ilumina y guía al hombre concreto en su padecer íntimo, recóndito. Lo que encontramos en la obra de Galdós es la «vida, caridad, misericordia», encarnación, lo que quedó sin incorporarse al pensamiento filosófico. Quedó al margen, con “cebo para las almas piadosas”, o entregado al encarnizado amor de la mística». María Zambrano ve en Galdós al poeta, cuya palabra que abraza con poética sencillez la vida, desciende hasta sus mismas entrañas revelándonos de este modo lo que no ha podido ser captado ni comprendido con la sola razón. La escritura de Galdós está preñada de lo que será la búsqueda incesante de María Zambrano, que es aquella de una razón conciliadora, mediadora, antibélica. Canto a la vida que triunfa sobre el poder de las ideas dominadoras y recorre las galerías subterráneas de la vida por donde corre lo más primordial de la tradición⁷. Pérez Galdós sacia nuestra sed de conocimiento sobre aquello que más nos importa, estremece y hasta hace temer, la vida en su más desnuda verdad.

Bien, ahora volvemos, con la mirada escrutadora de la lechuza de Málaga, al personaje central de *Misericordia* para poder responder con más precisión, si es posible, a la pregunta que más arriba nos hicimos sobre quién es Nina. Nina en la visión de la pensadora, es el corazón de esta obra galdosiana. Benigna de Casia, Nina, rompe el molde del personaje, sale de él. Como si en el personaje de Nina se disolviera de repente la novela y apareciera el vivir auténtico, como si aquí ya no hubiera tiempo de la historia, sino tiempo profundamente padecido de la vida. Para Zambrano, el personaje de Nina tiene una relevancia insólita, no sólo en la obra de Galdós, sino también en la novela española. En la desheredada y mendiga Benigna recae todo lo que sucede, es la responsable. Es la que asume el peso de la historia. Nina, y esta intuición, quizás muy arriesgada por mi parte, podría perfectamente ser la Antígona zambraniana enterrada viva, o uno de sus

bienaventurados, o el *idiota*, que a fuerza de vivir en los márgenes, en su exilio, con su paciencia y su silencio, pasando inobservado ante la mirada de los otros, se encuentra un día fluctuando sobre toda la historia sin saberlo siquiera. Uno de esos seres que son dación, un darse sin pretenderlo, pues que como el agua están ahí, siguiendo los cauces, mansos, saciando la sed más profunda del alma humana: la trascendencia. Cito un precioso párrafo de María describiendo el ser de Benigna:

«Como una paloma sin color, blanda y palpitante, Nina no está, se posa. Lleva un signo impreso en la frente. Y como las palomas, parece estar moviéndose en otro espacio además de éste en que se las ve; al alcance de la mano, hace sentir, y aun temer, que recorre inmensos espacios, que viene de otra parte, aunque sea de ahí; que no puede venir si no trae algo en el pico, que falta si no le hace. Cercana y ajena siempre, como lo que tiene un dueño. Llama a ser alcanzada, herida. Y herida sí lo puede ser tan fácilmente; pero aun cuando herida cae, algo de ella queda en el aire inalcanzable».⁸

Nina se convierte en el centro vivificador, que está entre los personajes ávidos de realidad y los sedientos de ser. Nina es metafísica, alguien que no padece la fenomenología del resto de los personajes. Nina, devorada por la piedad se ha reducido a un ser transparente. Ella no sabe ya de su sacrificio, porque es -dice Zambrano, un sacrificio cumplido.

Y un sacrificio cumplido es un sacrificio que previamente se ha aceptado. Un sacrificio a nivel histórico y más allá de él. Sacrificio obligado por la historia, por la historia que es novela, que si así no fuera no sería coherente la existencia de las novelas. Y Nina no es ni novelesca ni novelera, así como no lo es *Misericordia*, en la reflexión zambraniana. Nina es el centro, una apertura en el mundo histórico. Nina vive sin ficción, desviviéndose.

Nina, la mendiga, mendiga también su señora, pues que -según Zambrano- el oficio que manifiesta más transparentemente el ser de una persona sería ese de ser mendigo o mendiga, que de muchas maneras puede hacerse. Nina tiende su mano abierta ante «la impenetrable realidad y la vida: lo que la vida tiene de don; ante la inmensidad de la vida, bajo ella, que puede abrirse, derramarse» como si estuviera situada «entre la esperanza y la necesidad».

El infierno que Nina vive es el infierno más puro, es el infierno de quien vive de verdad, de quien vive a la intemperie de la verdad con la mano tendida, porque Nina, volvemos a decirlo es la esperanza, aunque no la vean, tan de verdad que puede parecer una impostura. Es el riesgo que corre la verdad cuando se presenta sola en su presencia viva. Presencia viva que es de materia del agua "Nina lavaba, el agua descendía por sus manos misericordiosas como un agua detenida en el tiempo, agua ella misma, que corre arrastrada por la piedad, invisible como lo era

⁸María Zambrano, *La España de Galdós*, Ediciones Endymión, aumentada y corregida en 1989, dirigida por Rogelio Blanco, pp 61-62.

ya para el ciego Almudena, "para quien ella de verdad existe" entre las durezas de la realidad y la esperanza que resiste. Y yéndose, abandonada por la señora, ya sin ser mendiga, era sólo Nina.

Termino con unas palabras de Zambrano y con serie de preguntas que surgen mientras concluyo este texto fruto de la intuición y al hilo de lo que se ha dicho hasta ahora:

Nina, es el agua sin más, desnuda y pobre, sin estado, agua. Agua...que es agua y que sirve. El agua, sin más.

¿Es Nina, como María Zambrano, una mediadora entre lo humano y lo divino?
¿Puede ser considerada Nina la personificación de la razón poética? ¿Pudo contemplarse María Zambrano en Nina como si en cuadro de Velázquez se tratara?

"Filosófico es preguntar, poético el hallazgo."

Gracias.